



DASSO SALDÍVAR

GARCÍA MÁRQUEZ
El viaje a la semilla



 Planeta

CAPÍTULO UNO

Regreso a la semilla

Barrancas: la semilla de la semilla

Los Márquez Hernández que llegaron de España

El pacífico joyero Nicolás Márquez

La guerra de los Mil Días

Los coroneles no tienen quien les escriba

El duelo de Nicolás Márquez y Medardo Pacheco

Éxodo de los Márquez Iguarán

Aquel viaje que hizo Gabriel García Márquez con su madre a Aracataca a principios de marzo de 1952¹, para vender la casa de los abuelos donde había nacido, es tal vez, como lo reiteraría años más tarde, uno de los hechos más decisivos de su vida literaria.

García Márquez era un joven narrador de veinticinco años con la convicción de que toda buena novela lo es en función de dos circunstancias simultáneas: ser una transposición poética de la realidad y una suerte de adivinanza cifrada del mundo. Desde hacía cinco años venía intentando darle una salida literaria al mundo de pesadillas de su infancia en los cuentos de *Ojos de perro azul*, en una protonovela amorfa e interminable titulada *La casa* y en dos o tres versiones de *La hojarasca*. Sin embargo, el regreso a su pueblo natal le permitió ver que estaba lejos de conseguirlo por el camino emprendido². Se dio cuenta de que para recuperar el tiempo dejado atrás y para llegar hasta la médula de lo que acababa de ver en Aracataca (ruina y soledad), necesitaba una perspectiva más amplia, y de que, por tanto, tenía que remontar el pasado de su infancia y adentrarse en el tiempo y en los pueblos guajiros desde los cuales provenían sus abuelos maternos.

En el mismo tren de regreso a Barranquilla, donde residía hacía dos años colaborando para el periódico *El Herald*o, empezó a preguntarle a su madre por sus abuelos: quiénes habían sido en realidad, de dónde y cuándo habían llegado a Aracataca, quién era el hombre a quien el coronel Márquez había tenido que matar en un duelo cuarenta y cuatro años atrás y quiénes, en fin, habían refundado Aracataca junto a los Márquez Iguarán a partir del año del cometa Halley.

Cuando retornó a Barranquilla, no sólo dejó la escritura de *La casa* y reelaboró *La hojarasca*³, sino que sintió con más urgencia que nunca la necesidad de continuar, como en el cuento de Alejo Carpentier, sus viajes a la semilla, o, mejor dicho, a la semilla de la semilla: al origen de los abuelos, pues todo lo que había ocurrido en la casa que acababan de vender, empezando por su nacimiento, estaba conectado de una forma o de otra al destino más remoto de Nicolás Ricardo Márquez Mejía y Tranquilina Iguarán Cotes.

Fue así como, al año siguiente, García Márquez iba a realizar un viaje todavía más minucioso por Valledupar y La Guajira, mientras vendía, o hacía como que vendía, enciclopedias y libros de la editorial Uteha, para buscar los pueblos y lugares de la memoria de sus mayores, siguiendo la ruta inversa a la que el destino les había trazado a ellos a finales de la primera década del siglo. Tanto este viaje esencial como otros que venía realizando desde comienzos de la década, los hizo en compañía de su amigo y compadre Rafael Escalona, “el sobrino del obispo”, quien, además de mostrarle La Guajira profunda, le ayudó a identificar escenarios y personajes de muchas de las historias que le habían contado los abuelos en Aracataca cuando era niño.

Un día, mientras se tomaban unas cervezas en la única cantina del pueblecito de La Paz⁴, vecino de Valledupar, se toparon con un José Arcadio: un hombre alto y fuerte, con sombrero de vaquero, polainas de montar y revólver al cinto. Escalona, que era su amigo, se lo presentó a García Márquez. El hombre le tendió una mano segura y afectuosa al escritor mientras le preguntaba: “¿Tiene algo que ver con el coronel Nicolás Márquez?”. El escritor le dijo que era su nieto. “Entonces”, recordó el hombre con una antigua complicidad familiar, “su abuelo mató a mi abuelo”⁵.

Se llamaba Lisandro Pacheco, y, ciertamente, el abuelo de García Márquez, Nicolás Ricardo Márquez Mejía, había tenido que matar en un desafío a su abuelo, Medardo Pacheco Romero, hacía cuarenta y cinco años en la población guajira de Barrancas. Por precaución,

Escalona le sugirió a Lisandro que no removiera esa historia, que Gabriel no sabía mayor cosa de la misma, y, amparado en su afición y conocimiento de las armas de fuego, le sustrajo el revólver de la funda con el pretexto de probar puntería; descargó la recámara, dejó una sola bala y dijo: “Voy a ver qué tal puntería tengo hoy”⁶. Lisandro, complacido, lo animó a que hiciera todos los disparos que quisiera, y, de pronto, los dos se enzarzaron en un mano a mano de tiro al blanco. Cuando invitaron a García Márquez a que probara puntería, éste se negó, pero entre cerveza y cerveza siguió presenciando la competición.

La cautela del ya célebre compositor de música vallenata fue innecesaria: los dos nietos se hicieron tan amigos que estuvieron “de parranda tres días y tres noches” en el camión de contrabandista de Lisandro Pacheco, “bebiendo brandy caliente y comiendo sancocho de chivo en memoria de los abuelos muertos”⁷. Durante varios días viajaron por pueblos de los departamentos del Cesar y La Guajira: El Copey, Valledupar, Manaure, Patillal, Urumita, Villanueva, San Juan del Cesar, Fonseca, Barrancas, Riohacha y el Manaure guajiro. En este viaje definitivo, García Márquez completó su trabajo de campo de lo que catorce años después sería *Cien años de soledad*, y de paso Lisandro Pacheco le presentó a varios de los hijos naturales que su abuelo Nicolás Márquez había dejado desperdigados antes, durante y después de los años erráticos de la guerra civil de los Mil Días.

Los dos nietos debieron de detenerse con especial atención en el pueblecito de Barrancas, la “escondida ranchería” de otros tiempos donde sus abuelos, igual que José Arcadio Buendía y Prudencio Aguilar antes de la fundación de Macondo, habían sido dos hombres felices hasta que uno tuvo que matar al otro en un duelo, el 19 de octubre de 1908. Podemos convenir que en aquel lugar y en esta fecha empieza la biografía de Gabriel García Márquez, diecinueve años antes de su nacimiento, pues lo ocurrido durante ese día por la tarde en Barrancas va a prefigurar la suerte personal y literaria

del escritor: no sólo permitirá que sus padres se conozcan dieciséis años más tarde, sino que es también la causa lejana de que García Márquez se quede a vivir hasta los diez años con sus abuelos en la casa grande y fantasmal de Aracataca, el hecho más importante para el futuro novelista.

A diferencia de la mayoría de los pueblos de La Guajira, Barrancas llegó a ser un pueblo de aspecto moderno y relativamente próspero gracias a los tributos de la mina carbonífera de El Cerrejón. Sin embargo, cuando llegaron los abuelos del escritor procedentes de Riohacha, hacia comienzos de la última década del siglo pasado, era una ranchería deleznable, con el estigma de haber padecido diversas catástrofes y un litigio religioso-administrativo que, paradójicamente, había llevado su nombre hasta la misma Ciudad del Vaticano.

Con una altitud de ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar, Barrancas se asienta en el margen occidental del río Ranchería, en un vallecito de La Guajira interior encajonado entre las estribaciones orientales de la Sierra Nevada de Santa Marta y las occidentales de los Montes de Oca. Esto le concede una topografía diferente de la mayor parte de La Guajira, con suaves laderas y una vegetación de verdes apacibles, que, tras un mediodía tórrido, contribuyen a los frescos atardeceres que traen los vientos descendentes de las dos estribaciones montañosas. Aunque fue fundada en 1664 por un misionero español de apellido Barranco, es muy probable que su origen haya sido el palenque o fortín de madera de los negros cimarrones, comienzo de muchos pueblos y ciudades del Caribe. Los indios cariaquiles, una rama de los arhuacos, se asentaron aquí y desarrollaron su cultura de la ranchería alrededor del maíz, el frijol, la yuca y la ahuyama.

Barrancas vivió prácticamente en una inercia bucólica hasta 1746, cuando le llegó el primer sobresalto de su historia, pues al arbitrario obispo riohachero Juan Nieto Polo del Águila se le ocurrió concederle el rango de parroquia, contraviniendo su categoría ad-

ministrativa de corregimiento. El pleito entre el obispo y el alcalde de Riohacha llegó al Vaticano, y éste falló a favor de su vicario, lo que obligó a la autoridad civil a concederle a Barrancas la categoría artificial de municipio. Veintitrés años más tarde, a raíz de la rebelión de los indios guajiros, se convirtió en la avanzadilla de los ejércitos reales que reprimieron sin contemplación a los nativos, inaugurándose un largo y duro período de conservadurismo, hasta el punto de que en 1813 (el año de la primera guerra civil colombiana) se dio la paradoja de que el alcalde era realista y el concejo patriota. Después de la Batalla de Barrancas, ocurrida durante la Independencia, el pueblo entró en una lenta decadencia, acelerada en 1860 con la masiva inmigración del vecino pueblo de Moreno, destruido por una de esas conflagraciones típicas de la región⁸.

Cuando en 1881 llegó el novelista Jorge Isaacs con el propósito de estudiar y explotar los yacimientos carboníferos de El Cerrejón, el calvario de Barrancas pareció tocar a su fin. Pero la feliz ventura literaria del autor de *María* no fue más que desventura en el terreno empresarial. Designado secretario general por el presidente Rafael Núñez de la misión científica encargada de tales fines, Isaacs, que descubriría también las minas hulleras de Aracataca, logró aunar socios y tecnología ingleses para acometer la explotación de las minas barranqueras, y pronto se tendieron los primeros rieles entre Barrancas y Riohacha. Sin embargo, como había de ocurrirle otras veces al novelista, su proyecto fracasó y quedó postergado durante cien años⁹.

Así que cuando llegaron los abuelos de García Márquez procedentes de Riohacha, empezando la última década del siglo, Barrancas no sólo seguía postrada por una decadencia secular, sino que había perdido hasta su condición de municipalidad, volviendo a ser durante algún tiempo corregimiento del vecino municipio de Fonseca. Sin embargo, a los Márquez Iguarán debió de parecerles un paraíso de verdor, paz y tranquilidad en comparación con la ciudad de sol, polvo y salitre que habían dejado atrás.

Nicolás Ricardo Márquez Mejía había nacido en Riohacha el 7 de febrero de 1864, pero había sido criado lejos de allí, en El Carmen de Bolívar, por su abuela materna, Josefa Francisca Vidal, y no regresó a la ciudad natal hasta los diecisiete años, donde aprendió el arte de la platería de su padre, Nicolás del Carmen Márquez Hernández. Poco más se sabe de la infancia y juventud del abuelo de García Márquez: que, aparte de Riohacha, también estuvo en Camarones, que sólo pudo terminar la primaria y que la pobreza le impidió cursar el bachillerato, siendo enviado, desde muy niño, a trabajar en la fragua con su padre¹⁰. Después de haber tenido dos hijos naturales con Altagracia Valdeblánquez, Nicolás Márquez se casó, a los veintiún años, con una distinguida muchacha riohachera que era su prima hermana: Tranquilina Iguarán Cotes, nacida el 5 de julio de 1863 y descendiente de gallegos que habían llegado a La Guajira colombiana a través de Venezuela. Apenas recién casado, Nicolás marchó a Panamá, donde trabajó unos meses con su tío José María Mejía Vidal, y regresó poco después tras el nacimiento de su primogénito Juan de Dios en 1886. Tres años más tarde nacería en la misma Riohacha su segundo hijo, Margarita, mientras que la madre del escritor, Luisa Santiaga, nacería en Barrancas el 25 de julio de 1905.

El bisabuelo del novelista, Nicolás del Carmen Márquez Hernández, había nacido en 1820 en Castilla, lo mismo que sus padres, Nicolás del Carmen Márquez y Juana Hernández. Al enviudar ésta, viajó a Colombia desde Andalucía y Canarias con su hijo de pocos años, lo que debió de ser hacia mediados de la década. Según la madre de García Márquez, el bisabuelo Márquez Hernández conoció a Bolívar a los diez años, cuando El Libertador hizo en 1830 su largo viaje por el río Magdalena hacia la muerte. Lo cierto es que, al crecer, el bisabuelo se convirtió en un reputado maestro de la platería, profesión que había de transmitir a su hijo, y, al igual que éste, tuvo numerosos hijos naturales en Riohacha, la mayoría con Juana Alarcón, de donde procede la *Alarconera* de La Guajira. Más tarde se casó con Luisa Josefa Mejía Vidal, con quien tuvo cuatro

hijos: Nicolás Ricardo, el abuelo del escritor, Armando, Francisco y Wenefrida Márquez Mejía, la hermana que acompañaría a Nicolás Ricardo hasta la muerte.

Por su parte, la viuda tatarabuela de García Márquez, Juana Hernández de Márquez, había encontrado un segundo amor en Riohacha: Blas Iguarán, con quien tuvo una hija en 1827¹¹: Rosa Antonia Iguarán Hernández, quien, por tanto, fue medio hermana del bisabuelo Nicolás del Carmen Márquez Hernández. Rosa Antonia, a su vez, tuvo tres hijos naturales con el guajiro Agustín Cotes: Tranquilina, la abuela del novelista, Rosa Antonia y José Antonio Iguarán Cotes. Así que, por obra y gracia de la tatarabuela castellana que llegó a Colombia desde las islas Canarias en un año impreciso de la tercera década del siglo XIX, los abuelos de García Márquez fueron primos hermanos, como José Arcadio y Úrsula Iguarán en *Cien años de soledad*.

Lo mismo que su padre en Riohacha, el abuelo Nicolás Ricardo se convirtió pronto en el reputado joyero de Barrancas. En su amplia casa de puertas y ventanas abiertas a los cuatro vientos, situada en una esquina de la plaza y diagonal al cementerio, tenía el taller con su socio Eugenio Ríos, a quien se había traído de Riohacha siendo apenas un muchacho, pues era hermano, por vía materna, de Francisca Cimodosea Mejía, la muy querida prima con quien se había criado Nicolás en El Carmen de Bolívar y la mujer que, muchos años después, criaría a García Márquez en Aracataca. La abuela Tranquilina también ayudaba en las labores finales de la platería incrustando rubíes, puliendo y limpiando las joyas. Pero mientras en Macondo el coronel Aureliano Buendía sólo va a fabricar pescaditos de oro, los pescaditos de oro de la soledad, en Barrancas el abuelo fabricaba toda clase de piezas: anillos, pendientes, pulseras, cadenas y animalitos. Sin embargo, después de la publicación de *Cien años de soledad*, lo que más exhiben los herederos de estas joyas son los pescaditos de oro, sobre todo los descendientes de los hijos ilegítimos del abuelo, quienes los enseñan con la satisfacción

de poseer el símbolo heráldico que los incluye en la vasta jungla genealógica del novelista¹².

Muy pronto, Nicolás Márquez se hizo con la finca El Guásimo en tierras de su compadre Benisio Solano Vidal, en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, y más tarde compró El Istmo, en las inmediaciones del pueblo, a orillas del río Ranchería¹³. Como muchas de las familias de Barrancas, que cultivaban en las laderas de los Montes de Oca el maíz, el frijol, la yuca, el plátano, el café y la caña de azúcar, Nicolás Márquez se hizo también agricultor, especialmente de caña de azúcar, de cuyo guarapo fabricaba en un alambique casero el *chirrinchi*, un aguardiente grueso que se comerciaba de contrabando.

Con unos ingresos económicos generosos, con apenas tres hijos en matrimonio: Juan de Dios, Margarita y Luisa Santiaga, la madre del escritor, y gozando de un sólido prestigio personal y profesional en una comunidad de gente pacífica y solidaria, Nicolás Márquez Mejía y Tranquilina Iguarán Cotes parecían haber encontrado, en la decadente y bucólica Barrancas, el paraíso de una madurez y una vejez tranquilas. Pero la guerra civil de los Mil Días y el duelo entre Nicolás y Medardo les iban a caer encima como dos pestes medievales en un lapso de ocho años, frustrándoles un proyecto de vida pacífica y convirtiendo al abuelo en un hombre triste, con terribles cargos de conciencia, y cuyas historias iban a empezar a moldear, tres décadas más tarde, la suerte literaria de su nieto de Aracataca.

Las mil y una anécdotas de la guerra que el niño Gabriel va a escuchar de boca del abuelo, mientras caminan por las calles de Aracataca o cruzan las plantaciones de banano para bañarse en los riachuelos de la Sierra Nevada de Santa Marta, empezaron el 17 de octubre de 1899, cuando los dirigentes liberales Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera y Gabriel Vargas Santos encabezaron la lucha armada contra el corrupto y tiránico régimen conservador de la Regeneración, presidido entonces por el octogenario Manuel Antonio Sanclemente.

La historia de Colombia, como la de la mayoría de los países latinoamericanos, es una historia jalonada de guerras civiles, incluso desde antes de su nacimiento como República. La primera ocurrió en 1813, seis años antes de la Independencia, y marcó el momento álgido del período conocido como La Patria Boba: de 1810 a 1816. La pugna entre dos modelos de Estado, el centralista y el federalista, fue el origen común de la veintena de guerras civiles generales y regionales, declaradas y no declaradas, que padeció Colombia a lo largo del siglo XIX. Obviamente, lo que encubrían las luchas entre centralistas y federalistas era, en definitiva, la pugna entre dos modelos de sociedad: la conservadora, retardataria, hecha de detritos coloniales, que propugnaban los terratenientes y agroexportadores conservadores, y la liberal, anticlerical, adepta a la ilustración francesa, que propugnaba la naciente burguesía industrial y comercial.

A partir de la segunda mitad del siglo, y entre guerra y guerra, las clases y grupos de la sociedad colombiana fueron experimentando desplazamientos, interaccionándose en un complejo tejido social, económico y político, hasta llegar al gran contubernio bipartidista que fue el régimen de la Regeneración, mediante el cual la aristocracia liberal-conservadora manejó el Estado en beneficio propio, marginando y reprimiendo con ferocidad cualquier contestación de los partidos y grupos de oposición.

La Regeneración estaba encabezada por el liberal independiente Rafael Núñez y el conservador nacionalista Miguel Antonio Caro. Fue un poder omnímodo durante treinta años, que empezó en 1878 como un muro de contención al federalismo de los liberales radicales, cuyo proyecto de Estado se había demostrado reiteradamente impracticable en una sociedad tan descoyuntada como la colombiana del siglo XIX. Éstos defendían, en general, la autonomía real de los estados federados frente al poder central, la modernización del país en su industria, comercio y educación, la independencia entre los poderes judicial y ejecutivo, así como la separación entre el Estado y la Iglesia. Constituían la burguesía

industrial y agraria más progresista del país y eran librepensadores y anticlericales. Por el contrario, los conservadores nacionalistas y liberales moderados de la Regeneración, que detentaban el poder, con la Constitución de 1886 y el Concordato de 1887, pusieron en marcha un Estado centralizado draconiano, dejaron los intereses económicos del país en manos del capital extranjero, instituyeron el monocultivo del café, que tantos esplendores y calamidades había de traerle a la economía nacional, y pusieron de nuevo a Colombia a la sombra del pastoreo espiritual e ideológico de la Iglesia al serle devuelto el manejo de la educación pública¹⁴.

Como si fuera poco, la bicéfala oligarquía de la Regeneración impuso su endogamia intelectual y literaria: sus dirigentes no sólo eran los dueños y administradores supremos de Colombia, sino sus mismos pensadores, historiadores, geógrafos, filólogos, gramáticos y poetas; como la Mamá Grande en Macondo, eran dueños también de “la pureza del lenguaje” y del ejercicio del pensamiento y la imaginación. De hecho, el esperpento en que degeneró el régimen es uno de los demonios históricos que le servirán a García Márquez para crear el personaje de la Mamá Grande con su poder omnímodo, anacrónico y pintoresco.

El deterioro del poder de la Regeneración coincidió con una de las peores crisis cafeteras a finales de siglo. El café, que había gozado de una década de precios boyantes, comenzó de pronto a caer en picado por razones externas e internas, lo que afectó seriamente los ingresos aduaneros del gobierno de Miguel Antonio Caro, y éste, a contracorriente, impuso corsés fiscales y económicos más asfixiantes aún a los liberales y conservadores de la oposición, los llamados históricos. Esta crisis coyuntural potenció los efectos de las grandes lacras de la Regeneración: la persecución a la burguesía industrial y comercial, la imposibilidad de que los liberales accedieran al Congreso mediante elecciones libres (a la sazón sólo tenían un congresista, el mismo Uribe Uribe, ganado en la última guerra civil de 1895), el uso y abuso del Gobierno en la emisión de papel

moneda de curso forzoso, la manipulación del aparato electoral en beneficio de los candidatos del régimen y el cáncer cotidiano de la corrupción y el peculado¹⁵.

En este contexto de tiranía y descomposición crecientes, la mecha que prendió con efecto retardado la guerra de los Mil Días fue la farsa electoral del 5 de diciembre de 1897 que, como tantas otras a lo largo de la historia colombiana, inmortalizaría García Márquez en *Cien años de soledad*.

Sin duda, ésta sería la guerra más trágica y sangrienta de la historia colombiana, pues arrasó el país de cabo a rabo en su población, producción e infraestructura, y dejó una conciencia nacional tarada de rencores, divisiones e injusticias, para que al final los dos grandes enemigos históricos, el liberalismo y el conservatismo, resultaran ser irónicamente las dos caras cómplices de la misma moneda política, pues en Colombia, como diría el coronel Aureliano Buendía, la única diferencia entre liberales y conservadores radica en que los unos van a misa de cinco y los otros a misa de ocho.

Los tratados de historia sobre la guerra de los Mil Días no mencionan siquiera el nombre del abuelo de García Márquez, y es preciso adentrarse en la enmarañada y dispersa selva de memorias, crónicas, notas y cartas de sus antiguos compañeros de armas para encontrarlo combatiendo en las huestes del general Rafael Uribe Uribe, a las órdenes del general Clodomiro Castillo, a todo lo ancho de los departamentos del Magdalena, el Cesar y La Guajira, donde, desde los primeros meses de la guerra, obtuvo los galones de un coronelato que iba a llevar con orgullo hasta la muerte. Como en *El coronel no tiene quien le escriba*, iba a esperar el resto de su vida la pensión de guerra que el Gobierno les prometió a los veteranos al final de la contienda. Pero ésta no fue la única de sus desventuras: estuvo a punto de ser apresado y fusilado con sus compañeros (uno de los cuales fue Medardo Pacheco Romero, el hombre a quien tendría que matar años después en un duelo) en una misión de alto riesgo, y en algunas batallas tuvo enfrente no

sólo a los familiares de su mujer, los Cotes y los Iguarán, sino a los dos mayores de sus numerosos hijos naturales, José María y Carlos Alberto Valdeblánquez Márquez, quienes pertenecían al partido conservador por herencia materna. Así, cada batalla de esta guerra fue también una batalla entre padres e hijos, tíos y sobrinos, entre primos y aun entre hermanos.

Al principio de la guerra, Nicolás Márquez y sus copartidarios, sin una dirección clara, sin armas y sin adiestramiento, se vieron obligados a refugiarse en las laderas de la Sierra Nevada de Santa Marta y los Montes de Oca, sin ir más allá de hostigamientos esporádicos al ejército enemigo. Pero con la primera asistencia logística salieron de sus escondites y obtuvieron algunas victorias fáciles, como la ocupación de Riohacha en noviembre de 1899. En realidad, ésta se debió a que Juan Manuel Iguarán (el primo de la abuela del escritor) y sus hombres se habían retirado a la vecina población de Pájaro mientras los conservadores históricos decidían sumarse o no a los nacionalistas de la Regeneración en la guerra contra los liberales. Una vez que quedó clara la alianza entre las dos ramas del conservatismo, los hombres de Iguarán volvieron sobre sus pasos y desalojaron a los liberales de Nicolás Márquez¹⁶.

La noticia del primer triunfo liberal de la guerra en el río Peralonso, en el norte de Santander, había llegado a Riohacha a comienzos de 1900, poco antes de la buena nueva de que el general liberal Justo Durán avanzaba desde la frontera colombo-venezolana con más hombres, mil fusiles Mannlicher y cien mil municiones aportados por el Gobierno venezolano del general Cipriano Castro. Esto llenó de pánico a los conservadores, quienes abandonaron la ciudad precipitadamente. Sin embargo, en la ciudad desguarnecida, los liberales del coronel Márquez encontraron un enemigo peor que sus adversarios políticos: la fiebre amarilla.

Poco después, procedente de Bolívar, llegó el general Uribe Uribe por la ruta de Valledupar y Barrancas. Tras una arenga y un vistazo al desastre de la peste, el jefe supremo de la revolución en el Atlántico

prosiguió hacia Venezuela, para obtener más ayuda del presidente Castro. Entretanto, los pocos hombres que le habían quedado al ejército liberal en La Guajira se disolvieron, refugiándose en los Montes de Oca hasta nueva orden. Las tropas conservadoras, que para diciembre de aquel año se habían robustecido considerablemente, entraron por Riohacha al mando del general Pedro Nel Ospina, excondiscípulo y gran amigo de su adversario Uribe Uribe¹⁷. Una vez conquistado el apoyo del poderoso cacique guajiro José Dolores, avanzaron por el interior de La Guajira durante los primeros meses de 1901, hasta alcanzar Valledupar en pocos días sin mayor resistencia, pues las alcaldías de Barrancas, Fonseca, San Juan del Cesar, Villanueva, Urumita y Valledupar iban mudando sus banderas rojas liberales por las azules conservadoras al paso de los soldados.

Sin embargo, no tardaron en aparecer por la frontera los generales revolucionarios Miguel Ramírez y Salvador de Luque, *El General Carajo*, con más armas y bagaje obtenidos en Venezuela para proseguir la guerra. Los liberales de Nicolás Márquez se reunificaron y empezaron de nuevo a ganar terreno: doscientos cincuenta revolucionarios atacaron con fusiles Mannlicher a setecientos soldados y los derrotaron en Fonseca el 8 de marzo de ese año. Entonces los conservadores acantonados en Riohacha volvieron sobre sus pasos, pero ya los liberales habían desaparecido en las estribaciones de los Montes de Oca, escurriéndose como felinos en su propio terreno. Los conservadores obtuvieron su premio de consolación, aprehendiendo y fusilando en Barrancas al confiado coronel cundinamarqués Alonso Plazas¹⁸.

Ocho meses antes, en la distante y andina Bogotá, el vicepresidente José Manuel Marroquín había depuesto al senil presidente Manuel Antonio Sanclemente. La posibilidad de que con ello se acabara el desgobierno del país y Marroquín promoviera un tratado de paz duradera llenó de júbilo a liberales y conservadores. Pero la reacción del nuevo presidente fue tan inesperada como

fulminante: exigió que los liberales se rindieran incondicionalmente y dispuso que todo revolucionario aprehendido con las armas en la mano fuera fusilado. De esta manera, el fusilamiento del coronel Alonso Plazas se convirtió en una de las primeras ejecuciones políticas de la guerra de los Mil Días. El fusilamiento se llevó a cabo en el patio de la comandancia de Barrancas, cerca de la casa de los Márquez Iguarán¹⁹. Esta muerte fue una de las mayores tragedias personales para el coronel Nicolás Márquez, y su relato iba a ser una de las historias que, con toda su imaginaria, le transmitiría a su nieto de Aracataca.

Sesenta años después de la contienda, el hijo mayor del coronel Márquez, el teniente coronel José María Valdeblánquez Márquez, recogió en un libro una serie de crónicas y documentos sobre la misma²⁰. En él dice haber utilizado “los informes del campo revolucionario” que su padre le suministró después de la guerra. Sin embargo, apenas lo menciona, tal vez porque, como fue su costumbre, el abuelo del escritor prefirió siempre no hablar de sus méritos militares. En cambio, Valdeblánquez incluye los relatos de dos de los jefes y amigos del coronel Márquez, el general Sabas Socarrás y el coronel Octavio Gómez²¹, quienes destacan la presencia del abuelo de García Márquez en las principales batallas y en ciertas misiones de alto riesgo, como la doble y temeraria travesía que realizaron juntos entre la frontera colombo-venezolana y Valledupar. Así fue. Se trataba de una peligrosa misión para contactar con el ejército liberal de esta provincia y convencer a su jefe, el general José María del Castillo, de que avanzara con sus huestes y varios voluntarios hacia la frontera para recoger las nuevas armas que el presidente Cipriano Castro acababa de proporcionarle a Uribe Uribe, y luego marchar sobre Riohacha, según nuevos planes.

Para este fin, el general Clodomiro Castillo, recién nombrado por Uribe Uribe nuevo jefe de sus ejércitos en el Atlántico, designó tres comisiones que debían alcanzar Valledupar por rutas diferentes en un tiempo récord. Una de ellas fue la de los coroneles Nicolás

Márquez y Octavio Gómez y los generales Sabas Socarrás, José María Cuéllar y Francisco Javier Romero. Con ellos marchaba un sobrino de éste, un soldado raso de unos diecinueve años, alto y fornido, cuyo nombre, sin embargo, no registrarían las crónicas de Sabas y Gómez: Medardo Pacheco Romero²², el hombre a quien mataría en un duelo el abuelo de García Márquez siete años más tarde.

Venciendo todo tipo de dificultades a través de una ruta endiablada de trescientos kilómetros, dominada en su mayor parte por los conservadores y sus aliados nativos del cacique José Dolores, Nicolás Márquez y sus compañeros alcanzaron Valledupar en siete días de temeridades, corriendo más de una vez el riesgo de ser aprehendidos y fusilados. Casi en el mismo tiempo volvieron sobre sus pasos: Urumita, Villanueva, El Molino, San Juan del Cesar, Fonseca, Hato Nuevo, Carraipía y la frontera, en donde los esperaba su jefe Clodomiro Castillo, para recibir la mala nueva: el otro general Castillo, al verse reemplazado por el primero en el puesto de jefe de los ejércitos liberales del Atlántico, no aceptó las órdenes de su nuevo jefe, so pretexto de que aquella ruta era un suicidio por estar entonces bajo el control de los conservadores. El resultado fue que, hasta el desastre de Carazúa, los revolucionarios tuvieron dos meses de inactividad militar. Por esta brecha empezó a esfumárseles a los liberales el triunfo en las provincias de La Guajira, Valledupar y, más tarde, en todo el Magdalena.

Sin embargo, con su importante triunfo sobre Riohacha, el 16 de abril de 1902, los liberales de Uribe Uribe, pese a su desorganización y a la rivalidad de las subdirecciones²³, dieron muestras de una capacidad de reacción que parecía inagotable. Por otra parte, las noticias del triunfo casi absoluto de los diez mil hombres de Benjamín Herrera en el Pacífico y Panamá hicieron concebir la esperanza de algunos liberales, como el mismo Herrera, de que la guerra podía ganarse antes de un año si se lograba la conjunción y coordinación con los ejércitos de Uribe Uribe²⁴. Pero Colombia estaba completamente exangüe. La sensación común entre

liberales y conservadores, por consiguiente, no era la del triunfo inminente, sino la del marasmo, el cansancio y el hastío. En casi tres años de guerra, ambos bandos habían logrado erigirle el mayor de los monumentos a la Patria Boba, que, como la longeva Mamá Grande de Macondo, había proyectado sus sombras deletéreas sobre Colombia a lo largo del siglo XIX: cien mil muertos, la destrucción casi completa de la producción, el comercio, los medios de comunicación y la inminente desmembración de Panamá, ideada y apoyada por Estados Unidos. En estas circunstancias, la necesidad inmediata de los contendientes era, pues, acabar con aquella guerra diabólica.

Desgastadas las fuerzas gubernamentales, el presidente Marroquín dio los pasos iniciales para alcanzar la paz el 12 de junio de 1902, y el 14 de agosto apareció en Riohacha, procedente de Curazao, el general Uribe Uribe con un gran cansancio y un enorme hastío histórico de cuatro guerras civiles (él había recibido su bautizo de fuego a los diecisiete años en la guerra de 1876), dispuesto a aprovechar la oferta gubernamental para acabar con la guerra como fuera²⁵. Asumió el mando, reorganizó sus tropas y con mil hombres partió por la ruta de Barrancas y Valledupar, y llegó a Aracataca el 5 de septiembre²⁶. En el pueblo natal de García Márquez acampó con sus tropas durante dos días, parlamentó con los generales Clodomiro Castillo, José Rosario Durán y el resto de sus oficiales, entre quienes estaba el abuelo del novelista, y concibió planes de batallas desesperadas para ganarles rápido a los conservadores y al tedio aquella guerra interminable de los mil y un días, o, por lo menos, consolidar posiciones que le permitieran firmar un tratado de paz honroso. Fue así como se llegó al desastre liberal de la batalla de Ciénaga, el 14 de octubre de 1902, que puso punto final a la contienda.

En esa batalla, el coronel Nicolás Márquez perdió en el bando enemigo a uno de sus hijos, Carlos Alberto, con apenas diecisiete años, mientras al otro, el sargento mayor José María Valdeblánquez,

le correspondía el honor de hacer el viaje a lomo de mula entre Santa Marta y Ciénaga, para entregarle a Uribe Uribe el pliego de la propuesta de paz que, a través del general conservador Florentino Manjarrés, proponía el Gobierno de Marroquín²⁷. El tratado acordado por ambas partes en ocho días de armisticio dejaba mucho que desear, tanto en su forma como en su contenido, pues mandaba a los liberales desarmados a sus casas con la vaga promesa de que, tras reinsertarse en la vida civil, el régimen de la Regeneración acometería las reformas adecuadas para compartir con ellos el poder de forma proporcional.

El tratado fue firmado por los generales Rafael Uribe Uribe y Florentino Manjarrés en la hacienda bananera de Neerlandia, cerca de Ciénaga, el 24 de octubre de 1902. En una modesta casa, sobre una rústica mesa de madera, quedó oficializada la capitulación de los liberales. Los contendientes rubricaron el acto con un multitudinario sancocho de gallina que tomaron en hojas de bijao, y brindaron por una larga paz con coñac y aguardiente en recipientes de totuma, a la sombra del almendro del patio²⁸.

Un mes más tarde, Benjamín Herrera, a regañadientes pero con mejor espíritu y letra, firmó en Panamá un segundo tratado a bordo del buque de guerra norteamericano *Wisconsin*, con el que se puso oficialmente término a la guerra de los Mil Días, que sería el gran modelo, con sus nombres, avatares y anécdotas, de las guerras del coronel Aureliano Buendía. Pero es el tratado de Neerlandia el que va a poner término a las guerras civiles en *Cien años de soledad*, pues en éste estuvo presente el abuelo del novelista y fue firmado por el general Rafael Uribe Uribe, el modelo principal de Aureliano Buendía. Este nombre, en cambio, parece tomado de otros personajes de la guerra: los coroneles Ramón Buendía y Aureliano Naudín²⁹. El primero, miembro del ejército de Benjamín Herrera, fue toda una leyenda por su audacia y bizarría en el Pacífico y Panamá, y el segundo fue un destacado guerrero de las huestes de Uribe Uribe en el litoral atlántico.

Para algunos, la capitulación de Neerlandia fue el gran error político y militar de Uribe Uribe; para otros, una necesidad inevitable y la rendición menos indigna. El disgusto de gran parte de su oficialidad quedó expresado públicamente en el gesto del joven coronel José María Cabello cuando, al mismo tiempo que rompía la espada, las medallas y los títulos honoríficos, exclamaba: “Puesto que de nada han servido tantos sacrificios, todo esto sobra; volveré a mi vida privada para no saber nada más de política”³⁰. La mayoría de los generales y coroneles siguió su ejemplo, sumergiéndose en el anonimato, la pobreza y el olvido. Así los encontraría García Márquez a muchos de ellos, cincuenta años más tarde, en sus viajes por Guacamayal, Sevilla, Aracataca, Valledupar, Manaure, La Paz, Villanueva, Urumita, Fonseca, Barrancas y Riohacha. Como su abuelo, siguieron esperando que los sucesivos Gobiernos cumplieran el tratado de paz y les concedieran la pensión de guerra vitalicia prometida al término de la contienda³¹.

Seis años después, cuando ya empezaban a cicatrizar las heridas de la guerra y los Márquez Iguarán parecían haber recuperado la paz fabricando pescaditos de oro y destilando aguardiente para la venta de contrabando, apareció el heraldo negro de Medardo Romero, llamado así por haber sido hijo natural de Medarda Romero y Nicolás Pacheco. Llegó en forma de rumor popular. Se decía que la Medarda, madre soltera y poco sujeta a las convenciones del resto de las mortales, le hacía el favor a cierto fulano. No faltó quien hiciera el comentario por enésima vez un día en que Nicolás Márquez y sus amigos se encontraban departiendo en la plaza. Éste, de acuerdo con su probidad, dejó caer una pregunta en el centro de las conjeturas: “¿Será verdad?”. El rumor popular llevó hasta Medarda las palabras de Nicolás deformadas: que éste había afirmado en voz alta que ella le hacía el favor a cierto fulano. La Medarda se sintió ofendida en su honor y apeló a su hijo para que la desagraviara ante el coronel. Pero Medardo se negó a hacerlo. Nicolás no sólo era un hombre muy querido y respetado en Barrancas, sino que había

sido uno de los jefes militares de Medardo en la guerra. Juntos, con su tío Francisco Javier Romero y otros oficiales, habían hecho la temeraria travesía de ida y vuelta entre la frontera colombo-venezolana y Valledupar, y ambos formaban parte del núcleo del liberalismo barranquero. Además, Medardo estaba escarmentado con los impulsos épicos de su madre: cuando empezó la guerra, ella había obligado a sus dos hijos a que se fueran al campo de batalla, y al final de la contienda Luis fue asesinado en una refriega del vecino caserío de Chancleta. De modo que lo primero que hizo Medardo fue negarse cuando su madre lo mandó a que la desagraviara ante el coronel. Entonces ella fue terminante: “Si no lo haces, hijo, tendré que ponerte mi pollera y amarrarme tus pantalones”³².

Una tarde de mediados de abril de 1908, mientras el coronel Nicolás Márquez departía con sus amigos en la terraza de la casa de Josefina Ávila, frente a la plaza, la Medarda le descargó vicariamente todo su veneno a través de Medardo, pues éste no sólo lo desafió, sino que lo insultó con toda clase de improperios y, concluyendo en voz alta para que todo el mundo lo oyera, dejó caer sus palabras donde más le dolían al coronel: “¡Además, tú eres un parche negro en nuestro partido liberal!”. Éste, sin inmutarse, se paró, miró a su joven ofensor serenamente y le dijo: “¿Ya terminaste, Medardo? Yo no soy gallina para cacarear; no todos los hombres se injurian”³³, y se fue a su casa con su parsimonia habitual.

Con pasquines y agresiones verbales esporádicas, Medardo siguió alimentando el deseo de venganza de su madre, mientras el coronel, con su espíritu de artesano, se preparaba meticulosamente en silencio para un duelo mortal. En los seis meses siguientes vendió la finca El Istmo, cumplió sus compromisos de joyero, dejó el taller en manos de su ayudante y heredero Eugenio Ríos, canceló sus deudas y le hizo saber a Medardo que se armara porque se aproximaba la hora de arreglar a balazos aquel asunto de honor.

Medardo era un hombre fuerte, alto, con dieciséis años menos que el rubicundo y fornido coronel, y hacía dos o tres meses que se

había casado con Nicolasa Daza y se habían radicado en el vecino corregimiento de Papayal. El 19 de octubre, seis meses después del primer desafío, se celebraba en Barrancas “la octava de la Virgen del Pilar”, es decir, el último día de festividad de la patrona del pueblo. Como la mayoría de los barranqueros, Medardo salió de su casa para participar aquel día en la procesión con una vela encendida, pues era el momento de pagarle las promesas a la Virgen por los deseos cumplidos durante el año anterior, entre los cuales estaba su reciente matrimonio con Nicolasa. Sin embargo, ésta quiso retenerlo en casa con el argumento de que el día era muy lluvioso, pero Medardo se le zafó con el argumento definitivo de que las promesas había que pagarlas.

El duelo tuvo lugar en un callejoncito que desembocaba en los potreros, adonde había salido Medardo por la tarde a cortar un poco de hierba para su mula. El callejoncito hace años que desapareció. En su lugar, entre las actuales calle 11 y carrera 6.^a, se encuentran dos casas viejas, suburbiales, que, sin embargo, los barranqueros siguen señalando como el “callejón sin salida donde Nicolasito Márquez mató a Medardo Romero el día de la octava de la Virgen del Pilar”, es decir, el 19 de octubre. Medardo entraba vestido de lino blanco, con un paraguas en una mano y un bojote de paja en la otra, bajo una llovizna pertinaz a las cinco de la tarde. En esas condiciones, su monumental figura fue un blanco perfecto a la puntería legendaria del coronel, quien lo esperaba impecablemente vestido con su paraguas bajo la lluvia. Como si no fuera a matar a un hombre sino a cumplir un rito, Nicolás Márquez le gritó cuando lo vio entrar con el bojote de paja: “Medardo, ya arreglé mis asuntos; ¿estás armado?”. “Sí, estoy armado”, fue lo único que alcanzó a contestar Medardo antes de que lo alcanzaran dos tiros certeros. Guiada por los disparos, Gregoria Cantillo, la anciana que vivía sola en una casa vecina, salió a la calle, avistó el tamaño de la tragedia e increpó al coronel: “¡Ay, lo mataste!”, y él, con su parsimonia habitual, lo admitió: “¡Sí: la bala del honor venció a la bala del poder!”.

Antes de entregarse en la alcaldía, el coronel buscó el apoyo moral de su gran amigo el dirigente liberal Lorenzo Solano y entró a casa a darle la mala nueva a su mujer. Tranquilina Iguarán Cotes enloqueció con la noticia, pues ella supo en ese instante que la tragedia los cobijaría a todos por igual. Los dos amigos cruzaron diagonalmente la plaza y Nicolás se entregó al alcalde Tomás Peláez. Cuando le preguntaron en la audiencia si se confesaba autor de la muerte de Medardo Pacheco Romero, el coronel lo admitió añadiendo dos precisiones en su estilo tácito y terminante: “Yo maté a Medardo Romero y si resucita lo vuelvo a matar”³⁴. Algo parecido le diría José Arcadio Buendía a Prudencio Aguilar la noche de su aparición en *Cien años de soledad*.

Desde entonces, la sombra de Medardo no iba a dejar en paz al atormentado coronel. Así como había de perseguir el espectro de Prudencio Aguilar a José Arcadio Buendía, persiguió el espectro de Medardo Pacheco Romero a Nicolás Ricardo Márquez Mejía: no sólo hasta más allá de la sierra, en Aracataca, sino hasta su muerte, acaecida casi treinta años después. El mismo García Márquez quedaría atravesado para siempre por la frase confesional que le escuchó al abuelo a la edad de seis o siete años: “¡Tú no sabes lo que pesa un muerto!”. Más aún: el aciago y lluvioso mes de octubre en que ocurrieron los hechos seguiría persiguiendo a toda una saga de coroneles en las novelas del nieto: el viejo y resignado coronel de *El coronel no tiene quien le escriba*, por ejemplo, siente que le nacen hongos y lirios venenosos en octubre, y el coronel Aureliano Buendía muere una tarde de octubre orinando al pie del castaño.

Barrancas aceptó la tragedia como resultado del *fatum* inexorable. Todos sabían que Nicolás Márquez no quería matar por decisión propia a su copartidario y amigo, lo que explica que se hubiera tomado tanto tiempo preparando el duelo: tal vez esperaba que durante esos seis meses alguien o algo providencial le evitara la tragedia de tener que matar a Medardo, como les ocurriría a los homicidas de Santiago Nasar en *Crónica de una muerte anunciada*.

Pero los hechos siguieron su curso severo, como en una tragedia griega, y el tiempo habría de convertir al victimario en la auténtica víctima por quien se vertieron durante años casi todos los lamentos. Así que Barrancas experimentó la desgracia personal de Nicolás Márquez como su propia desgracia social. Incluso parte de la familia del muerto estuvo del lado del homicida en aquellos momentos. Pepe Mendoza, un tío del muerto, que era el único policía de Barrancas, durmió varias noches al pie de la puerta de la cárcel para evitar que otros familiares vengaran al difunto, y el general Francisco Javier Romero, otro tío de Medardo, protegió durante varios días en su casa a Tranquilina Iguarán Cotes y a sus tres hijos: Juan de Dios, Margarita y Luisa Santiaga, quien acababa de cumplir tres años.

El prisionero no estuvo más de unos días en la cárcel de Barrancas, pues los vengadores del difunto siguieron empeñados por todos los medios en matar al coronel. Gracias a la intervención del alcalde de Riohacha, Juan Manuel Iguarán (un primo de Tranquilina y antiguo contendiente del coronel en la guerra), Nicolás fue trasladado a la cárcel de esta ciudad, pero como los vengadores insistían en su propósito, aquél fue trasladado nuevamente a Santa Marta, donde se le impuso la ciudad por cárcel durante un año. Meses después llegaron Tranquilina, sus hijos y otros familiares, y, al contrario que en *Cien años de soledad*, donde José Arcadio Buendía y sus gentes hacen el viaje a través de la sierra, aquéllos la hicieron por el mar en una goleta.

Pagada su condena, el coronel y su familia dejaron Santa Marta y se radicaron en la vecina Ciénaga durante casi un año. La razón principal es que allí vivía Isabelita Ruiz, la amante que el coronel había conocido en Panamá en 1885 y con quien tuvo al año siguiente a María Gregoria Ruiz. Nicolás Márquez fue nombrado colector departamental del entonces corregimiento de Aracataca, pero no se instaló con la familia de inmediato porque el pueblo era muy insalubre. Sólo cuando se amplió el cultivo del banano y se asentó

la United Fruit Company con toda su parafernalia de leviatán, decidió radicarse definitivamente en “la tierra que nadie les había prometido”, a finales de agosto de 1910, dos meses y medio después del paso del cometa Halley³⁵.

Mientras tanto, Medarda Romero, la causante de la muerte de su hijo y del éxodo de los Márquez Iguarán, se sumergía en la soledad y la marginación moral, y moría de hidropesía veintidós años más tarde³⁶. Por su parte, Nicolasa Daza, la joven viuda, se trasladó al vecino pueblo de Fonseca con los restos de su esposo y una hija de éste en el vientre: la que habría de ser madre de Lisandro Pacheco, el nieto de Medardo Pacheco Romero que, cuarenta y cinco años más tarde, acompañó a García Márquez por la región para que supiera dónde y cómo su abuelo había matado al suyo de dos disparos la lluviosa tarde del 19 de octubre de 1908.

